

EXTREMADURA Y LOS EXTREMEÑOS

POR

EDUARDO HERNÁNDEZ-PACHECO

(Discurso de gracias con motivo de la concesión al autor por la
Excma. Diputación provincial de Cáceres, de la Medalla del
Mérito provincial.)

93

12393

MADRID
1 9 3 1

2
12393

Tit. (1) 57881

Cod (1) 1071580

Tit (2) 57881

Cod (2) 1071581

EXTREMADURA Y LOS EXTREMEÑOS

R-16614



LA PATRIA

Sean mis primeras palabras de profundo reconocimiento y gratitud a la Diputación extremeña que me ha hecho el grandísimo honor de concederme la Medalla del Mérito Provincial: A todos los diputados de la provincia de Cáceres y a cada uno de ellos en particular—tanto a los actuales como a los que cesaron en el transcurso de la necesaria y convenientemente larga tramitación que exige el galardón que hoy me concedéis—les expreso mi mayor agradecimiento, que hago extensivo a todos mis paisanos de la Extremadura alta, pues de su soberanía popular son delegados los miembros que integran la Diputación provincial de Cáceres.

También deseo manifestar mi gratitud al Ateneo cacereño, al Instituto Nacional de Segunda Enseñanza y a las Escuelas Normales de Maestros, centros culturales que solicitaron la concesión de tan grande honor; a la Corporación municipal de Alcuéscar, que quiso ensalzarme, al nombrarme su hijo predilecto; al Municipio de la capital, a todos los cacereños, a toda Extremadura, pues constantemente he recibido de sus Corporaciones culturales y de la Prensa de ambas provincias, bondadosos elogios y consideraciones de afecto, que me ligarían, con vínculos de amor, a esta sagrada tierra, de abolengo glorioso, si ya no estuviese ligado a ella por mi estirpe, por los recuerdos de mi infancia, por mi constante convivencia en este noble, rico y fecundo solar—corazón de la tierra hispana—donde reposan en sueño eterno mis antecesores; donde radica mi hacienda, no por pobre menos amada, pues es el legado amasado con sudor y esfuerzo de mis progenitores; a esta tierra de mis amores, de mis desvelos, de mis trabajos, de mis penas y de mis alegrías; a este país que es mi patria verdadera, no la patria convencional que da el nacimiento, o que delimitan las fronteras políticas o administrativas, y pretenden fijar las conquistas o establecer los convenios diplomáticos; patria que determina únicamente el corazón del que la siente; patria de límites imprecisos y vagos, que se extiende hasta allí donde el sentimentalismo individual alcanza, influenciado, más o menos conscientemente por el determinismo de las leyes naturales de la geografía, de la tradición y de la historia.

Por esto yo no puedo separar en tan solemne acto una provincia extremeña de la otra, pues el impulso de mi corazón me obliga a sentirme íntegramente extremeño; pues en ambos territorios provinciales se desarrolló mi

vida. En el cacereño pasé mi niñez y allí aprendí a leer; en Badajoz transcurrió mi adolescencia y en su Instituto cursé la segunda enseñanza; en el de Cáceres, durante mi juventud, comencé mi labor docente; y desde entonces jamás transcurrió un año sin que, haciendo un alto en mi deber profesional, gozase del deleite de reposar alguna temporada entre los plácidos encinares de los campos emeritenses que alegra el Aljucén y en la variada campiña de mi tierra alcuesqueña.

Pero desechando lo que de impulso emotivo y de afecto sentimental hay en esto; pensando, por una parte en lo que suponen las leyes naturales de la geografía y de la geología, de la vegetación y de las producciones de la tierra, y, por otra, en las características raciales y en las consecuencias de la historia, y, como resultado de este complejo, en los intereses espirituales y materiales de nuestro país, vengo a la conclusión de que Extremadura constituye una tal unidad geográfica, histórica y económica, que nos induce a pensar en la conveniencia, general a todo el territorio extremeño, que las dos provincias—la del Tajo y la del Guadiana—, dentro del libre y autónomo régimen administrativo de cada una, procedan atentas a una intensa y eficaz cooperación y coordinación de esfuerzos comunes, especialmente en cuanto atañe a fines culturales y en cuanto se refiere a los intereses económicos de la región, pues en toda ella los problemas son los mismos; en ningún caso los intereses son antagónicos, y cuando por diferencias fisiográficas se presentan con diverso aspecto, tienen el de complementarios de los característicos de las otras comarcas extremeñas.

Afortunadamente esta compenetración y unión espiritual está en el ánimo de todos los extremeños, pues en cuanto se encuentran fuera de su país todos se llaman y consideran paisanos, fundiéndose en el concepto común de extremeños, incluso los que proceden de localidades que, rebasando los límites políticos, encajan dentro de los que la naturaleza establece. Extremeños se consideran y lo son, los que habitan desde las nevadas cumbres de Almanzor hasta los fructíferos castañares y olivares de la alegre y pintoresca sierra de Aracena, límite natural y meridional de Extremadura, y desde el Alentejo portugués a las vertientes de la Sierra Morena, que dan vista a la llanura bética. Ya lo dice la vieja copla popular, aludiendo a Guadalcanal de la Plata, ciudad de la provincia de Sevilla:

*Vengo de la Extremadura
de ponerle a mi caballo
de plata las herraduras.*

EL PAIS

Tiene Extremadura gran unidad geográfica y características fisiográficas que hacen que nuestra región ofrezca condiciones naturales de las más favorables en el ámbito peninsular: Orográficamente constituye una penillanura con altitud media de unos 400 metros, gran ventaja respecto a la meseta de Castilla la Nueva, que es 250 metros más alta, y más ventaja aún sobre la planicie del Duero, de altitud media de unos 850 metros.

Abierto el territorio extremeño a los vientos y a la humedad del Atlántico, es más lluvioso que las Castillas, pudiéndose calcular la pluviosidad media anual en nuestro país en unos 500 milímetros, distribuidos en forma tal que casi se enlaza la época lluviosa del otoño con la de primavera.

Estas circunstancias, unidas a lo templado y suave de las temperaturas invernales, con mínimas pocas veces inferiores a 0° y medias de enero de 6'9° en Cáceres y 8'2° en Badajoz, producen un resultado de la mayor importancia, base de la riqueza ganadera del país, cual es el campo verde en el otoño y especialmente en el invierno, cubriéndose las dehesas extremeñas, tan pronto viene la otoñada, del tapiz herboso, que crece y se desarrolla lozano en los meses invernales, y al que, muy rara vez, cubre la nieve, que es, en todo caso, fugaz y pasajera.

En ninguna otra región española tiene la campiña más amenidad y placidez que en Extremadura. Las onduladas llanuras y los oteros, salpicados de pintorescos roquedos graníticos y canchales de cuarcita, se extienden por el ámbito de la tierra extremeña, con el florido yerbazal, cubriendo el suelo y el encinar frondoso, ocupando dilatados espacios y llenando el ambiente primaveral de paz y de serenidad. Hermosos días de plácido descanso espiritual en los amenos encinares, lejos del vertiginoso vivir de las grandes urbes. Bellas tardes de primavera, en los floridos campos extremeños, de suave y dulce tranquilidad, en donde al estruendo agotador de la populosa ciudad sustituye el melodioso sonido del primitivo caramillo del zagal entre el tintinear lejano de las esquilas del ganado, juntamente con las repetidas notas musicales de la elegante abubilla, de movable penacho, y del escondido cuclillo, o del apagado canto de la rústica perdiz.

La encina y el olivo, el árbol de Júpiter y el árbol de Minerva; estas son las dos especies arbóreas, siempre verdeantes, propias, típicas y características de la tierra extremeña: la primera espontánea, la segunda cultivada; la encina fuerte y de porte majestuoso como el olímpico Zeus, padre de los dioses; el olivo emblema de la paz y de la cultura, don de Minerva, la de las palabras aladas, diosa resplandeciente y venerable.

Si se escogiese un árbol representativo y emblemático de España, ninguno lo sería con más razón que la encina, pues por todas las comarcas y re-

giones de la tierra hispana se extiende abundante y frondosa: desde el estrecho que une los dos mares peninsulares hasta los ingentes acantilados de la costa cantábrica y desde las tierras mediterráneas de Levante hasta las atlánticas del litoral lusitano. Y si este emblema debiera ser dos ramas enlazadas, de especies arbóreas diferentes, a la rama de la encina debiera unirse la del olivo, pues abarca su cultivo en nuestra patria mucha más amplia extensión y rinde mayor producto el extenso olivar hispano, que el de cualquiera otra nación.

Ambos árboles son los que dan a Extremadura su mayor riqueza, siendo nuestros encinares, de fruto dulce y gustoso, los más extensos y productivos de todo el territorio hespérico.

De lo dicho deducimos que, siendo la tierra extremeña donde más patente y con más fuerza se manifiestan estas características comunes al conjunto peninsular, llegamos a la conclusión que Extremadura, por sus características naturales, al igual que por las raciales e históricas—que estudiaremos luego—, es la tierra más genuinamente española, corazón generoso de la tierra hispana.

Tiene el sol de Extremadura—empleo este término en el sentido figurado de condiciones climatológicas de temperatura—características especiales que influyen grandemente en sus producciones naturales. Suave en los otoños e inviernos, su poder germinador y vivificante hace crecer pujante la vegetación y adelantarse los sembrados, que crecen altos, apretados y densos, en los campos cacereños, en las vegas del Guadiana y en la fértil tierra de Barros, mientras que en los valles del Jerte y del Alagón y en las abrigadas vallonadas de una y otra provincia, los naranjos, frondosos y bellos, se presentan cuajados de los dulces frutos del jardín de las Hespérides.

Después de la primavera, florida y fecundizadora, al llegar el solsticio de verano, las lluvias se interrumpen, comienza la estación seca, muy larga en Extremadura. Salvo en las zonas de Gredos y de Gata, donde actúa el clima de montaña, es el verano, en toda la región, en extremo caluroso, especialmente en el valle del Guadiana, con temperaturas medias estivales de 26 a 27 grados y máximas superiores a 40 grados. El sol, ardiente y brillante en un cielo sin nubes, y el viento solano, extremadamente cálido y desprovisto de humedad, secan la vegetación herbácea; las mieses rinden su cosecha, y hasta pasado el equinocio de otoño, sustitúyese el verde de los prados por el amarillo de los pastizales, presentándose entonces las dehesas extremeñas con un nuevo aspecto, también bello, por el contraste que hace el amarillo del pastizal con el verde oscuro del encinar.

Pero este calor estival es el que da a las frutas de nuestra tierra el exquisito gusto y sus excelentes condiciones; es el que produce los inmejorables pimentales de La Vera y de las vegas del Tiétar; es el que da su sabor y

cualidades, no superadas, a los higos de Almoharín, y, en general, a los de la extensa zona de higuerales situada en la base meridional de las graníticas sierras de Santa Cruz, de San Cristóbal y de Montánchez, desde las Miajadas a Alcuéscar; es el que adelanta la madurez y da el buen gusto a las uvas y sandías de Villanueva de la Serena; es el que produce la abundante cosecha vitícola de Almendralejo y de Guareña y los buenos vinos de Brozas y de Montánchez.

La constitución geológica del territorio extremeño contribuye mucho a dar unidad a nuestro país. Casi todo él está formado por pizarras silíceo-arcillosas del Paleozoico inferior, más o menos metamorfizadas en pizarras cristalinas. En extensas comarcas de la de Badajoz, los neis micáceos ocupan grandes extensiones. Las cuarcitas silúricas destacan en la penillanura pizarrosa, constituyendo los accidentes topográficos más abruptos y pintorescos, sobre todo en las ásperas Villuercas, cuyos escarpados picos, de cumbres dentelladas, se elevan hasta los 1.443 metros de altitud.

En este conjunto pizarroso se intercalan extensas masas de granito, roca que forma la ingente sierra de Gredos y toda La Vera, constituye los berrocales de Trujillo, Miajadas y Alcuéscar y los comprendidos entre Cáceres y Alcántara, como también el escarpado picacho de Santa Cruz y la sierra de Montánchez, cuya cumbre, por su elevación de 994 metros y situación céntrica, es el más espléndido mirador desde el que se divisa toda Extremadura; formando también el granito amplias e irregulares zonas en la provincia de Badajoz, de las cuales la más extensa es la que se continúa por los Pedroches cordobeses.

Amplias llanuras, formadas por grandes espesores de aluviones, constituyen ancha banda entre la base de las montañas centrales de Extremadura y el valle del Guadiana; llanuras denominadas rañas o rañales, que son testigos residuales de la red fluvial de la época pliocena, cuando el Guadiana no penetraba en Extremadura por el portillo de Cijara, sino que por Puerto Rey y el puerto de San Vicente iba a verterse en el Tajo. Rañas antaño cubiertas de espesa vegetación de jarales y destinadas a cabreriles, y que en los últimos años del siglo pasado y en lo que va de éste han experimentado gran transformación, descuajándose el matorral y convertido, lo que antes albergaba al ciervo, al corzo y al jabalí y era criadero de lobos y de alimañas, en extensas dehesas y tierras de labor que producen anualmente muchas toneladas de carne, lana, trigo y cebada, habiéndose aumentado de este modo en alto grado la riqueza del país.

Todos los terrenos mencionados, tanto los antiguos como los modernos, originan tierras de labor silíceo-arcillosas en las que falta o escasea en extremo el elemento calizo, pues las calizas en Extremadura afloran en reducidos manchones, constituyendo los llamados calerizos. Únicamente al Sur del

Guadiana, por Lobón y Badajoz, entre otros sitios, y sobre todo en Tierra de Barros, el elemento calizo, bajo la forma de marga, entra en la constitución de las tierras de labor, resultando éstas por su mucho fondo, por la perfecta ponderación de sus elementos litológicos y por su fertilidad natural, la tierra más feraz de España, mucho más que la decantada Tierra de Campos, en los llanos vallisoletanos, y si acaso, comparable a las tierras negras llamadas de bujeo, en el valle bajo del Guadalquivir.

También son de fertilidad extraordinaria las grandes llanuras por cuyo eje avanza el Guadiana en meandros divagantes y en amplias tablas. El macizo de dioritas de Mérida, que hace describir al río un gran codo, corta el ancho valle en dos zonas: al Este la de La Serena y al Oeste la que desde Mérida llega a Badajoz. Ambas fueron, al constituirse la red fluvial actual, al final del Plioceno y comienzos del Cuaternario, dos extensas lagunas pantanosas, rellenas de limos y de finas arenas arcillosas por la lenta acción del río; materiales ricos en elementos fertilizantes, de fácil laboreo y que conservan la humedad; propiedades del suelo que, unidas a las climatológicas, explican la gran producción agrícola y pecuaria de las vegas del Guadiana.

Caracteres muy diferentes tienen los dos grandes ríos extremeños. El Tajo, de valle disimétrico, en todo su curso, en nuestro país; corre adosado al borde bajo del escalón que forma la meseta trujillano-cacereña, por honda zanja casi siempre, disposición que ha obligado a sus afluentes por la margen izquierda a encajarse en los duros terrenos paleozoicos en profundas gargantas, presentando, como también el río principal, excelentes condiciones para saltos productores de energía eléctrica. En cambio, los afluentes al Tajo por la margen derecha, al descender de las montañas del Norte y llegar a la baja llanura, al Sur de Plasencia, divagan por ella, llenándola de finos aluviones, como acontece al Tiétar, al Jerte y al Alagón, disposición que permite atajar sus corrientes con presas, ubicadas en las gargantas de salida al llano y establecer embalses para regadíos en las bajas planicies.

Muy otra es la característica del Guadiana, siempre de cauce anchísimo y valle llano y amplio, sin marcarse características diversas en los afluentes por una y otra margen. Es el Guadiana y su valle adecuados para extensos regadíos, que con el tiempo sustituirán en las amplias vegas a los herbosos pastizales y a los cultivos de secano.

Sale el Guadiana de los laberínticos montes de Toledo y penetra en la llana Extremadura por el estrecho congosto del portillo de Cijara, el cual puede cerrarse fácilmente con una presa de la altura que se quiera, pero en la que cincuenta metros de elevación son suficientes para embalsar el río en un gran lago con dos extensas bifurcaciones: una, Guadiana arriba, y otra, por la vallonada de su afluente el Estena, con una cabida total de 434 millones de metros cúbicos, que no agotan, ni con mucho más, el caudal de

ambos ríos. Este proyecto, ya por completo estudiado, es de realización fácil y en extremo económico, por lo cerrado, firme y en absoluto impermeable de la cerrada y de la zona que ocuparían las aguas, y por no exigir casi gasto alguno en expropiaciones, pues el embalse se extendería por terrenos yermos, propiedad del Estado.

Embalses laterales en los afluentes extremeños del Guadiana, tales como el Zujar y el Matachel, el Ruecas y el Búrdalo, completarian este grandioso proyecto, para el cual no ha llegado aún la hora de su realización.

En todo lo que vengo diciendo se pone de manifiesto la gran riqueza natural de nuestro país en muy diversos órdenes: en el de la energía eléctrica producida por sus ríos; en el del agua para abastecimiento de poblaciones, y, sobre todo, para regadíos de producción espléndida, pues el calor germinador y fructificador no falta y las condiciones del suelo regable son excelentes por su topografía y constitución geológica; fuentes de riqueza que se suman a las agrícolas y ganaderas actualmente en explotación.

Extremadura constituye la gran reserva agrícola y pecuaria nacional, pues aunque en la actualidad es rica y productífera en extremo, aún puede multiplicarse mucho la producción de la tierra y aumentarse en alto grado la densidad de su población. Extremadura no es tan sólo el generoso corazón de España, es también el gran reservorio de sus energías vitales.

LA RAZA

Difícil es determinar los elementos étnicos que en el transcurso de los tiempos se han ido superponiendo en estratos raciales a los pueblos primitivos que en los lejanos tiempos de la prehistoria ocupaban nuestro país, y también es difícil precisar en qué medida se fusionaron las razas nuevas con las viejas de la región, para llegar a constituir los actuales extremeños con sus características étnicas, físicas y psíquicas.

Los datos pertinentes a los más lejanos orígenes de los extremeños los encontramos en los tiempos ya de clima actual en que una raza de cabeza redonda correspondiente a la época neolítica invade la Península, y mezclándose con los pueblos del mesolítico y con los dolococéfalos del paleolítico superior, impone su cultura, germen de la actual.

Los pueblos pintores de figuras y de signos rojos en los canchales de cuarcita de Las Batuecas, de Las Villuercas, de Alanje y de Alburquerque, y los constructores de enterramientos dolménicos de Garrovillas, del Lácara y de los encinares de la sierra de San Pedro, son los más antiguos de nuestros antecesores de los que tenemos noticia cierta, los cuales constituyen el fondo étnico en el que se ha modelado y formado la raza extremeña; viejo

pueblo esencialmente ganadero en sus orígenes, como aún lo es en la actualidad, y entre los que se encontrarán analogías múltiples y patentes respecto a usos, costumbres y géneros de vida, en cuanto los estudios etnológicos analicen y comparen utensilios, artefactos, chozos y demás construcciones rústicas, que juntamente con ciertas tradiciones y supersticiones, no son sino supervivencias de culturas y mentalidades que, más o menos transformadas, persisten a través de los milenios.

No mucho más claros son los datos pertinentes a los tiempos protohistóricos, correspondientes a la edad de los metales; si bien de ellos haya mayor material arqueológico, pueden hacerse deducciones de orden lingüístico, y aunque en extremo incompletos, confusos y modificados, se dispone de documentos escritos, copiados de los periplos de los navegantes del Mediterráneo occidental y de los relatos de los antiguos geógrafos e historiadores contemporáneos de aquellas remotas edades.

Desde el fin de la época del bronce ocupa la llanura bética y de Huelva el pueblo tartesio, que con elementos berberiscos, del Africa inmediata, y semitas, de las lejanas costas asiáticas del Mediterráneo oriental, se constituyó en la fina y elegante raza del feraz valle del Guadalquivir, la cual se infiltró hasta el Guadiana.

Esta es la época del comercio del cobre y de la casiterita, madre del estaño, procedente de los aluviones, actualmente agotados; material precioso para la fabricación del duro bronce que se traía de las remotas tierras del Noroeste a través de las tribus que ocupaban Extremadura y Sierra Morena, hasta Huelva y Gades, y esta es la época de las fabulosas luchas entre Gerión, el gran rey de los tartesios, con los fenicios, y estos son los tiempos de las expediciones de los tirios y de las naves de Salomón y de Josefát al lejano occidente, pasadas las columnas de Hércules.

Otro hecho antropológico importante es el de la invasión en el siglo vi, antes de Cristo, del pueblo europeo-atlántico, que se denomina celta, que ocupó el occidente peninsular y cuyo carácter étnico tanto persiste en Galicia, raza invasora que se extendió hacia el Sur, por Portugal, e infiltrándose en Extremadura, añadió otro factor étnico y cultural a la vieja raza autóctona.

En cuanto a los iberos, que tanta preponderancia han tenido en la constitución de los pueblos de Levante y del Noreste de la Península, representan un factor que ejercería escaso influjo en Extremadura.

Queda la cuestión del pueblo lusitano, que algunos suponen resultado de la penetración en Portugal de las tribus de la altiplanicie del Duero, a su vez empujadas por las tribus de los Vetones, al ascender desde el valle del Tajo a las altas llanuras del Duero. Los imprecisos bordes orientales de los

lusitanos puede suponerse alcanzasen al interior de Extremadura, pues no sin fundamento Mérida fué capital de la Lusitania romanizada.

Con estos elementos étnicos, unos atlántico-europeos y otros mediterráneos del Sur y del Oriente, actuando sobre un fondo racial de viejo abolen-go neolítico, se ha constituido nuestro pueblo, estabilizado desde entonces y fijado en el largo transcurso de los milenios, por las acciones del medio natural, a cuyas leyes, al igual de los demás seres del mundo biológico, está sujeta la especie humana, pues como expresa el dicho popular, “el hombre es hijo de la tierra”, “de Gea, venerable, madre de todos, la de sólidos fundamentos, que produce y sustenta a cuantos seres existen”, que cantaba el padre Homero.

La dominación romana es bien sabido que no modificó el cuadro racial de España, aunque transformó su civilización y su cultura y estableció el régimen social y legal que aún persiste en sus fundamentos. Los elementos étnicos de la invasión de los bárbaros fueron absorbidos por el pueblo autóctono sin dejar señales apreciables, y por lo que respecta a la invasión árabe, no dejó sedimentos raciales diferentes de los que ya existían acumulados en las épocas a que nos hemos referido anteriormente.

Así, cuando consideramos la gran metrópoli extremeña, Emérita Augusta, en la época de Trajano, nos la figuramos expansionada, alrededor del núcleo emeritense, en una dilatada población rural, genuina del país, que se extendía lejos de la acrópolis al modo de la tela de la *Epeira*, de mallas tanto más anchas y abiertas cuanto más alejadas del centro, donde la araña, de fastuosos y brillantes colores, atentamente vigila. La muchedumbre campesina que en los días de grandes fiestas acudía presurosa al coliseo, al circo o al hipódromo, o se reunía los días de mercado junto al magnífico puente sobre el Anás, no se diferenciaría en nada por sus caracteres étnicos, por los rasgos de su fisonomía, por la contextura y proporción de sus miembros y demás caracteres antropométricos, de la multitud que en los tiempos actuales acude de la región los días de feria a realizar sus transacciones agrícolas y ganaderas y llena de rebaños, vacadas y piaras las márgenes del río que el viejo puente une. Sólo la indumentaria, las costumbres, los hábitos y, en menor escala, la mentalidad, establecen diferencias entre los que en nuestros tiempos, en tales días, ocupan el coso taurino y los que antaño llenaban el inmediato circo romano.

Pasaron los siglos y tomaron distinto aspecto las civilizaciones. En la secular lucha entre el Norte peninsular, cristiano, y el Sur, musulmán; en las postrimerías del primer milenio—época del gran esplendor de Córdoba—, según los relatos de los cronistas árabes, el hagib Muhamad ben Abí Amer, llamado el Almanzor, al llegar las primaveras concentraba a los muslines de Mérida, o sea a los rudos y valientes extremeños, y con esta gente intrépi-

da y esforzada, que constituía el más valioso elemento de su ejército, avanzaba desde el Guadiana, camino de tierra de cristianos, y al llegar a lo alto del escarpado borde de la meseta trujillano-cacereña, por cuyo pie corre en honda barrancada el Tajo, verían al otro lado de la llanura elevarse imponente, alta y abrupta, con su majestuosa crestería nevada, alcanzando a las nubes, la granítica alineación montañosa, columna vertebral de la tierra hispana, que entonces formaba la frontera, y descollando en la ingente montaña el dentellado macizo de Gredos, y en el conjunto de altos picos, cubiertos de blanca nieve, uno más alto, al que desde entonces, en homenaje al hagib cordobés, le denominaron el Almanzor, o sea el vencedor, el excelso, el eminente.

El destructor de ciudades, el terrible cautivador de muchedumbres, el vencedor de reyes cristianos, fué a su vez derrotado en Calat Anosor y muerto en Medina Zelim el año 1001.

Después, en lucha secular de constancia y valor, los nobles y austeros castellanos desbordaron de su alta planicie, rodeada de montañas, hasta dar vista al opulento valle bético, ocupándole más tarde con sus espléndidas ciudades de Córdoba y Sevilla, llegando al mar en la arenosa costa de Huelva que se llama la playa de Castilla y en el ancho golfo tartesio. Extremadura se castellanizó y fueron todos unos, y fusionados en un mismo pueblo ocuparon las ásperas montañas de la cordillera Bética, y la bella Granada, asentada en el rico valle del Genil, al pie de la nevada Sierra que culmina en las altas cumbres del Muley Hacen y del Veleta, fué también Castilla.

Toda España fué una, sustituyendo a las expediciones de desolación y guerra las pacíficas trashumancias de rebaños de baladoras merinas, desde las frías parameras y montañas castellanas a los plácidos encinares y verdes prados invernales extremeños, y de éstos, a las tierras altas de Castilla, cuando al iniciarse los calores estivales, las verdes praderías floridas comienzan a amarillear en los deleitosos campos de la zona media de las cuencas del Tajo y del Guadiana.

Extremadura, así formada, viene a ser la síntesis del espíritu de España, con sus grandes virtudes y con sus defectos, la tierra más genuinamente española. Por esto, cuando en las postrimerías del siglo xv y durante el xvi culmina la cultura española y España llega a su máxima grandeza, los extremeños realizan las máximas empresas y los más gloriosos hechos que registra la historia de la humanidad; aun más grandes que las míticas hazañas de los héroes griegos, cantadas por el padre Homero. Extremadura, corazón de España, se exalta y se desborda, y saliendo fuera del ámbito peninsular, explora, conquista y civiliza dos grandes continentes, asienta los cimientos de múltiples naciones, funda tantas ciudades como aldeas existen en el solar extremeño, duplicando los nombres de los pueblos en el extenso ámbito ame-



ricano, y lleva la cultura y el habla española por todo un hemisferio terrestre.

Espíritus de juicio superficial, tanto extranjeros como españoles, han considerado a los exploradores y conquistadores de América como grupos de aventureros en busca de fortuna, de condiciones morales poco recomendables en general y sin más ideales que la sed de oro. Apreciación completamente falsa e injusta.

Indudablemente el afán de hacer fortuna guió a la intrepidez extremeña en sus empresas americanas, pues ésta ha sido, es y será, general aspiración humana, como asimismo la de adquirir honores, nombre y fama. Pero también lo extraordinario de la empresa y lo maravilloso de la aventura era lo que llevaba a América a gentes llenas de ideales nobles y de grandeza de espíritu: tanto al soldado como al sacerdote, al artesano como al letrado, al plebeyo como al hidalgo.

Las más diversas clases de la sociedad están representadas en los exploradores y conquistadores extremeños. Pondré como primer ejemplo a la noble trujillana doña María de Escobar, que con tierno amor y con la serena decisión de quien cumple un deber conyugal, acompañó a su esposo Diego de Chaves a América, cuando la conquista del Perú, compartiendo con él peligros y fatigas. Como buena y hacendosa ama de casa, pensando en el nuevo hogar que habían de establecer en la remota y desconocida tierra americana, llevó consigo las doradas semillas de las mieses trujillanas, que repartió generosa entre los colonos de Lima, donde se estableció. Con cuidadosa atención transportó al Perú las verdes estaquitas de los olivos extremeños que por su solícito cuidado se desarrollaron y extendieron en las mesetas andinas. Venerable y excelsa mujer, émula de la diosa Ceres, haciendo prosperar en el nuevo continente los frutos del antiguo.

Pizarro es el más genuino representante del hombre salido de la masa anónima del pueblo, que llega a brillar a costa de ímprobos esfuerzos por sus propios méritos; zagal porquerizo en su niñez y en su adolescencia; soldado desconocido, en su juventud; distinguido y hombre de guerra de confianza, en su edad viril, primero a las órdenes de Ojeda y después a las de Vasco Núñez de Balboa, en la homérica expedición a través del Istmo. Se establece como colono en Panamá, frente al extenso y desconocido mar del Sur, donde le llega el comienzo de la vejez, pobre de fortuna, sano y fuerte de cuerpo, con ánimo sereno e imperturbable y con corazón intrépido.

La discreción y el talento natural de Pizarro suplieron su falta de instrucción. Su ecuanimidad de espíritu, nobleza de ánimo y la íntima conciencia de su valer se manifestaron cuando, realizadas las penosas y tenaces exploraciones que precedieron a la conquista del Perú, vino a España e hizo al Emperador, con elocuente sencillez, sin apocamiento ni rudeza, el relato

de su odisea y de sus proyectos, consiguiendo concertar con la Corona las capitulaciones para la realización de la magna empresa. Contrato que la Emperatriz, por ausencia del Emperador, firmó en Toledo el 26 de julio de 1529.

Ninguno de los míticos héroes de la Grecia homérica pueden compararse con este hombre de alma amasada con los espíritus de Nestor y de Aquiles.

Hernando de Soto es comparable a Héctor, el Troyano. De abolengo aristocrático, adquirió instrucción universitaria y muy joven pasó a América con su pariente el gobernador Arias de Avila. A los veinticuatro años tomó parte como oficial en la expedición a Darien, y a los treinta y tres mandó en jefe la que exploró la costa de Guatemala y Yucatán. Mozo apuesto y gentil, elegante, generoso y afable, intrépido y valeroso, se llevaba las simpatías de los que servían a sus órdenes y de quienes le trataban. Era el más diestro y bizarro jinete que pasó de España a América: cuenta su paisano y cuñado Balboa, que Soto, cabalgando armado, hacía saltar a su caballo un espacio de veinte pies. Durante toda la conquista del Perú, Hernando de Soto fué el escogido por su prudencia y ánimo esforzado para los peligrosos reconocimientos y descubiertas, y a él se le debió en mucha parte el éxito que alcanzó la empresa.

Soto es el prototipo de la generosidad y nobleza de espíritu; en su corazón no cabían la indignidad ni la injusticia. Fué el gran defensor del inca prisionero que fué sacrificado mientras él, ausente, en una expedición de reconocimiento; al regreso de la cual estalló en indignación al tener noticia de la muerte de Atahualpa, y buscando a Pizarro, a quien halló apesadumbrado y con remordimientos, le recriminó duramente por haber cedido a los temores del ejército y a las sugerencias de los acusadores del inca, reconociendo el jefe su precipitación y su injusticia. No quiso presenciar la guerra civil entre españoles que siguió a la conquista del Perú, pues tan pronto terminó ésta y se desarrolló, enconada, la discordia entre los conquistadores, regresó a España, famoso y aureolado con la victoria y acrecentada su fortuna con la cuantiosa que obtuvo en el Perú.

Pronto regresó a América, y con un ejército equipado a sus expensas, emprendió la exploración y conquista de la Florida; pero el éxito no coronó esta empresa, y después de vagar con su gente, hambrientos y descorazonados durante cuatro años por las inmensas llanuras del Sureste de los Estados Unidos y de la cuenca del Missisipi, por países desprovistos de medios de subsistencia y ocupados por grupos hostiles de salvajes miserables, cuando regresaba la maltrecha expedición río abajo, murió el valiente y caballeroso conquistador, que fué sepultado en la corriente del majestuoso padre de las aguas, comparable por su grandeza al noble espíritu del excelso extremeño.

Hernán Cortés representa al hombre de cultura universitaria. De genio superior a Ulises, el héroe de la Iliada y de la Odisea, es como éste, fecundo en astucias, sagaz y prudente, de gran inteligencia y claro talento, de intrépido valor y de corazón firme. Tan buen político y eximio estadista como excelente caudillo y gran guerrero. Fué el hombre de la conquista que mejor supo hermanar la libertad con el orden y la democracia con la autoridad, prestando cuidadosa atención, en el gobierno de Nueva España, al fomento de la cultura pública y al desarrollo de las Ciencias y de las Artes.

Grande se manifestó Cortés desguazando sus naves, desmontándolas y destruyendo los cascos para impedir la posible retirada a su ejército y obligarle a vencer o a morir. Grande fué también, haciendo construir en tierra firme, lejos de la costa, los trece bergantines, hacerlos conducir a hombros en grandes piezas a través de quince leguas de montañosos y ásperos terrenos, armarlos en la orilla de la gran laguna de Méjico y con ellos apoderarse de la inexpugnable ciudad y de Guatimozin, el jefe azteca, preso por el cacereño García de Holguín, que mandaba el bergantín más veloz. Pero debe considerársele dotado con más grandeza de espíritu cuando, a poco de desembarcar e inmediatamente de fundada la ciudad de Veracruz, da el alto ejemplo de civismo y de democracia de renunciar todos sus cargos civiles y militares, proponiendo al Concejo que, antes de comenzar la conquista, procediese a la elección popular de gobernador y jefe de la expedición.

Puede ser que algún espíritu suspicaz, pensando en los amañes y ficciones electorales que hace más de medio siglo envilecen y deshonran a la nación española, vea en tal determinación una habilidad de Cortés. Maligna y necia suposición, pues Cortés comprendía que el verdadero poder reside en el pueblo y que éste únicamente era el que podía conferirle poderes para dirigir la empresa con autoridad y eficacia.

Compare el que quiera aquellos tiempos con los actuales, haga comentarios y deduzca consecuencias.

España entonces se hallaba a la cabeza de la cultura y de la civilización, y por eso era grande y poderosa. Extremadura se nutría con la luz intelectual que irradiaba de la Universidad de Salamanca, que compartía con la Sorbona y con la de Bolonia, en Italia, el predominio de la intelectualidad y del progreso científico. Cortés, espíritu superior, comprendió lo mucho que supone en un pueblo su desarrollo intelectual, y a esto prestó tan gran atención, que Méjico llegó a ser, bien pronto, la más adelantada nación de América, superando en ciertos aspectos culturales a muchas naciones europeas.

La ascensión de Diego de Orgaz al alto, nevado y a la vez ardiente cráter del Papocatepell, en plena erupción, cuando los españoles avanzaban hacia Méjico, reconocimiento, según dice Solís, "para observar todo el secreto de aquella novedad", tiene todo el aire de una moderna investigación

vulcanológica. Especulación científica que produjo útiles resultados, pues cuando se agotó la pólvora al ejército, pudo fabricarse gracias al azufre que Orgaz descubrió en la montaña volcánica.

Los primeros restos fósiles de grandes mamíferos, traídos de América a Europa, fueron los presentados por Cortés al Emperador Carlos.

Tres años después de la toma de la ciudad de Méjico se fundaron, en 1524, las primeras escuelas, y desde entonces todas las iglesias y conventos de la América española tenían adjunta una escuela para los indios, entre los que descollaron muy ilustres escritores y artistas. Veinte años después, y muchísimo antes que existiesen en la metrópoli, funcionaban en Nueva España escuelas industriales, a las que concurrían los indios en gran número. En 1536 el Obispo Zumárraga instaló en Méjico la primera imprenta, y desde 1539 existieron libros impresos en América. Los estudios de ciencias naturales y geográficos y los de ciencias físico-químicas, adquirieron gran desarrollo en la Universidad de Méjico, en la que en 1579 se hizo en público la autopsia de un indio para indagar qué clase de epidemia era la que hacía estragos en el país. En 1693 se publicaba en dicha ciudad *El Mercurio Volante*, primer periódico del continente americano y uno de los primeros del mundo.

Llegó la decadencia española, y Extremadura, que había enviado a América lo mejor de su gente y realizado tan gran derroche de energías, se adormeció cansada en su viejo solar.

LOS PROBLEMAS

Tiempo es ya de despertar, pues en España, y más aún fuera de ella, ha comenzado una época en la que se ha acelerado, en grado extremo, el ritmo de las continuas variaciones que, en los diversos órdenes de la vida, traen los tiempos. La cuestión consiste en que salgamos del sopor secular, con nuevos bríos y energías, para bien de Extremadura y de España.

El mundo está variando rápidamente como consecuencia de la facilidad de medios de comunicación, maravillosa rapidez y economía de los transportes y desarrollo de la producción. El efecto es el mismo que si el globo terráqueo se hubiera empequeñecido y los lugares lejanos de la faz de la tierra se hubiesen aproximado.

El extraordinario aumento en la producción de las substancias más fundamentales para la vida humana, ha traído, como consecuencia, el sobrante de ellas y su depreciación, y al mismo tiempo el aumento de los hombres sin trabajo. ¡Paradójico caso este del hambre por sobra de alimentos!

La baja de los productos agrícolas camina rápidamente, en todos los países, a los precios anteriores a la gran guerra. De momento, las tarifas proteccionistas mantienen el problema económico sin resolverlo, buscándose la solución en la especialización de los países en aquellos cultivos que en cada

caso rindan productos de mejor calidad y obtención más barata para que puedan competir en el mercado universal. Diversas regiones españolas están especializadas en la producción frutera y hortícola, con buen resultado, pues por algo vale de 50 a 60.000 pesetas una hectárea de huerto, en plena producción, en las vegas del Segura. Extremadura debe pensar en la probabilidad de un obligado cambio de cultivos en algunas de sus comarcas y en la intensificación y mejoramiento de otros existentes.

Independientemente de esto, aún falta mucho por hacer en Extremadura: la conquista de los jarales está muy lejos de haber terminado, y que el matorral de jaras, lentiscos, madroñeras, charnescas, murteras, romeros y brezos, se despeje de las llanuras y de los oteros y se reduzca a las altas laderas de fuertes pendientes, a los peñascales y a las fragosas cumbres de ásperos riscos de cuarcitas.

Queda por resolver el fundamental problema de la tierra en forma que, satisfaciendo lo que tengan de justas y equitativas las aspiraciones de la masa labradora, no altere ni desconcierte la economía nacional ni se merme la riqueza del país, sino que se acreciente. Problema éste arduo y de gran complejidad en toda España, por lo en extremo diverso de su geografía, de su suelo y de sus condiciones fisiográficas. Lo mismo acontece en nuestro país, de tan variados matices dentro de la gran unidad que presenta la región extremeña.

Al tratar de las características del país extremeño, enuncié lo mucho que puede hacerse para la utilización de sus ríos, con enorme riqueza, actualmente improductiva.

Hay problemas minúsculos y de detalle, como el interesantísimo del aprovechamiento piscícola, con la sabrosa tenca extremeña, de los pequeños embalses y albueras.

Hay problemas magnos, de gran envergadura, de aspiración remota y de orden internacional, como el que supondría la libre confederación de las dos naciones que ocupan la Península, con la posibilidad para Lisboa de alcanzar su población a un millón de habitantes y tener a Extremadura como zona la más rica de su interland, mientras que nuestra región tendría amplio mercado para sus productos y salida fácil al mar por uno de los puertos más importantes del Atlántico sud-europeo.

Los enunciados son muestras de los problemas que, en gran número, se plantean en Extremadura, de los cuales no es ocasión ni lugar para tratarlos ahora. Pero como cuestiones básicas de la máxima importancia, están los de orden cultural, en sus dos aspectos de instrucción y de educación, instrucción que debe hacerse llegar a toda costa y a todo coste a la pobre, sufrida y laboriosa masa campesina, hasta que nos veamos libres de la lepra del analfabetismo.

Educación a todos: a pobres y a ricos; a los que mandan y dirigen tanto o más que a los que obedecen. Educación orientada a que nos despojemos de la picardía, antaño propia de los hampones y galloferos, morbo del espíritu que hace algún tiempo ha invadido, juntamente con la cuquería, a las clases más distinguidas de la sociedad, funestas enfermedades de las que también está invadida nuestra tierra, que, como la ley del encaje, según Cervantes, “suelen tener mucha cabida en los ignorantes que presumen de agudos”.

Alejemos de nosotros la envidia, madre de la discordia, hierba venenosa de nuestras ciudades y aldeas, de la que decía Quevedo “que anda flaca porque muerde y no come”. Tengamos cohesión y coordinación, fuentes fecundas de la riqueza pública y privada. Prediquemos constantemente la concordia, la tolerancia y el respeto a las opiniones ajenas, sustentos de la paz y del bienestar de las corporaciones y de los pueblos.

¡Alerta, pues, extremeños! Los tiempos actuales no son para dormir, sino para estudiar con atención, meditar con ecuanimidad y serenidad de espíritu y obrar con diligencia y resolución, con equidad y con justicia, para que Extremadura llegue victoriosa y con energías al fin de la lucha que en todo el mundo, y en España, ya ha comenzado.

LA ENSEÑA

Los símbolos son nada y son mucho: suponen el constante recuerdo de los ideales que representan y significan unión y comunidad de aspiraciones y de hechos.

Extremadura carece de enseña, lo cual puede ser que a algunos espíritus superficiales les parezca cuestión baladí y sin valor positivo y tangible; pero si meditan, comprenderán que es de gran importancia espiritual y educadora que Extremadura tenga un símbolo de unión y de armonía que nos indique que toda nuestra región, por haberlo así dispuesto la Naturaleza, tiene los mismos problemas, los cuales debemos estudiar y resolver en perfecta coordinación de esfuerzos, dentro del régimen de la patria común española.

Cataluña tiene su clásica bandera de las cuatro barras; Castilla, el antiguo pendón morado; Valencia, hace poco celebró la fiesta de su señera; Andalucía ha escogido recientemente los colores blanco y verde para su enseña. Extremadura debe tener la suya.

La bandera que Hernán Cortés llevó a la conquista de Méjico, era de damasco rojo. En los tiempos de las exploraciones de los extremeños en América, no existía bandera nacional. La actual data de los tiempos de Carlos III, resultado de una especie de concurso, en el que el Rey puso la condición de que no figurasen para la bandera nacional los colores de la casa reinante.

En la enseña regional de Extremadura deben tener lugar preponderante

los colores rojo y amarillo, en tres bandas de igual anchura, pues nuestra región, según se ha dicho, es la más genuinamente española. Al resto de la bandera puede corresponder un gran triángulo azul cuya base ocupe todo el ancho de la enseña en la parte del asta, alcanzando el vértice hasta las cuatro quintas partes de la línea media del amarillo. Un gran sol radiante, también amarillo, debe llenar gran parte del triángulo azul.

El simbolismo está claro. España, representada por los colores nacionales, domina y prepondera y constituye el fondo de la enseña regional. El azul es el del extenso océano, cruzado en larga navegación por los bajeles donde los audaces exploradores extremeños iban en busca de la fama y de la gloria a conquistar, cual nuevos argonautas, el vellocino de oro; el azul del mar de las Antillas y del proceloso golfo de Méjico; el del mar del Sur, que Vasco Núñez de Balboa descubrió; el azul del inmenso Océano Pacífico y del mar de las Indias, en donde los monzones hinchaban las velas de los galeones que marcaban, con fugaz estela, la ruta de Acapulco a Manila. En cuanto al sol radiante, puede significar el ardiente y vivificador de Extremadura, y también asociarse su imagen al sol de los templos incaicos y de los sangrientos adoratorios aztecas, cuyos ídolos, símbolos de una religión de crueldad y de muerte, los valientes conquistadores extremeños y los heroicos misioneros sustituyeron por la cruz, símbolo de una religión de paz y de amor.

Debemos tener gran confianza en la juventud; de ella es el porvenir. Inspírese la extremeña en el gran ejemplo de Hernando de Soto y de Cortés. Incluyo en esta juventud a los que, aunque no lo sean por su edad, conserven jóvenes los arrestos, el ánimo y el corazón; pues sesenta años tenía Pizarro cuando, de retorno de España, emprendió la conquista del Perú, y cincuenta y siete cuando, en la inhospitalaria isla del Gallo, sus hombres morían agotados por las enfermedades, el hambre y las inclemencias; el bajel que esperaban, en vez de refuerzos y bastimentos, traía la orden del gobernador de hacer retornar la expedición a Panamá, y Pizarro se mantenía decidido, con voluntad y corazón impertérritos.

Inspírese también la juventud extremeña en aquellas palabras de Pizarro, en aquel momento histórico, que decidieron a los trece de la fama a seguirle cuando, sacando la daga, con ella trazó en la arena de la desolada isla del Gallo una raya de Este a Oeste y dijo a su acobardada gente, señalando alternativamente al Sur y al Norte: “Camaradas y amigos: esta parte es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros y desamparos; la otra, la del gusto. Por aquí se va a Panamá, a ser pobres y a la vida obscura y miserable; por allá al Perú, a ser ricos y famosos. Escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere.”

EDUARDO HERNÁNDEZ-PACHECO.



